

In memoriam Alberto Estella

Estamos aquí reunidos para rendir homenaje a los amigos y compañeros del Centro de Estudios Salmantinos fallecidos en el presente curso 2021- 2022. Hace meses, quizás un año, que el Centro celebró el último funeral laico. En este acto solemne de hoy las intervenciones se hacen para recordar, en conjunto, al librero Jesús Sánchez Ruipérez, a Fernando Mayoral, escultor y catedrático de instituto; Alberto Estella Goytre, abogado, y político de la transición, y a Manuel González García, fraile capuchino, profesor universitario de la Universidad Pontificia.

Es para mi un honor hacer uso de la palabra, para hablar de mi admirado Alberto Estella. También quiero tener algún recuerdo, aunque sea breve, a Jesús, uno de los hombres que yo he conocido que más amó los libros. En la Ferias del libro antiguo de Madrid, escuché, en más de una ocasión, a miembros del acreditado gremio de libreros madrileño, hacer elogios de la librería Cervantes, a la que Jesús dedicó toda su vida y logró, con tesón, hacerla una de las mejores librerías de España. Hoy, tristemente desaparecida. Por otra parte, funcionó como editorial con la que consiguió que cientos de salmantinos conocieran, en una edición esmerada, la Historia de Salamanca de Villar y Macias, con esta reedición se inicia una retromarcha en la publicación de las historias salmantinas. La última será la primera en salir, luego siguió la historia de Bernardo Dorado y por último, la de Gil González Dávila, realizada en el siglo XVII.

Las manos de Fernando Mayoral nos dejaron espléndidas esculturas esparcidas por la ciudad, como señales indelebles de los lugares de historia y de

personajes ilustres. Algunas de las estatuas hechas por Fernando tienen pedestal, como la dedicada al grupo de constructores de la Plaza Mayor y, otras, situadas a ras del suelo, para estar más cerca del que las mira, como la del escritor gallego afincado en Salamanca Gonzalo Torrente Ballester en el café Novelty. La faceta de pintor de Fernando es la menos conocida, pero también excelente. Expresión artística que aprecié un verano que coincidí con él en Galicia, me llevó por los sitios donde solía ir a pintar paisajes, principalmente, marinas. Todos, por lo general, intentamos dejar algo en este mundo. Fernando nos ha legado mucho de su arte y, sobretodo, sus esculturas públicas.

Han pasado ocho meses de la muerte de Alberto Estella. Unos días previos al fatal desenlace me comunicó, que había donado su biblioteca a una institución benéfica. El hecho de desprenderse de sus libros, significó para mí, por decirlo con palabras del poeta Celaya: que había mirado de frente los vertiginosos ojos claros de la muerte. Así, me anunciaba el doloroso desenlace, que no tardaría en llegar. Sucedió el día 1 de abril. Ahora quiero traer a colación algunos recuerdos del que fue para mí, más que amigo, el hermano mayor que nunca tuve.

Nuestro amigo se movía con soltura en la política, cuya posición era bien definida: equidistante entre los extremos. En sus asiduas colaboraciones periodísticas en las que respetaba a las personas de bien, pero nunca rehuyó la polémica ni la denuncia del cargo público que se pasaba de la raya. Fue un hombre de firmes y genuinas convicciones, y, contra toda apariencia, huía de los dogmas, sus ideas las defendía abiertamente sin ambages

ni cataplasmas. En su etapa en el gobierno con UCD consiguió para Salamanca, entre otras cosas, el Mercado Regional de Ganados y contribuyó, decisivamente, en la compra por el ayuntamiento del Cubo de Don Sancho de una finca rústica para hacerla de uso comunal.

Al regreso de la política a Salamanca, tuvo que revitalizar el despacho heredado de su padre, que había languidecido en su ausencia, dándole nuevo impulso hasta contar con clientes como la Embajada de Estados Unidos, --que le llamaba para atender las cuestiones jurídicas de sus nacionales en Salamanca,-- grandes empresas cotizadas como Iberdrola S. A., o el Banco Central – Hispanoamericano, luego Santander y alguna mutua de seguros. Y, como no, a los salmantinos de toda clase y condición: desde el más eminente profesor de la universidad, al más modesto agricultor de la provincia, a todos los asistió con igual dedicación y profesionalidad.

Su bien ganado prestigio, por méritos propios, se extendió incluso más allá de los límites provinciales.

Fue, sin duda, un destacado jurista.

La aportación de Alberto a la cultura salmantina ha sido meritoria. Por encargo del Ayuntamiento de Salamanca llevó a cabo un proyecto cultural de trascendental importancia como fue la celebración del doscientos cincuenta aniversario de la construcción de la Plaza Mayor, que desarrolló con eficacia y brillantez. ¡Cuánto lamentamos! que no pudiera ser el comisario de Salamanca capital europea de la cultura en el 2002. Un malquerer, se lo impidió. Ingresó en el Centro de Estudios Salmantinos donde ejerció de secretario de centro donde

puso sus conocimientos jurídicos para reformar y perfeccionar los estatutos.

Hace años, entorno a 1997, Alberto pasó por el Archivo Provincial de la Diputación, por entonces dirigido por mí, buscaba antecedentes de algunos miembros de su familia, de su abuelo Juan, de su padre Antonio, los dos fueron presidentes de la Diputación. Aquel día, comenzó una larga amistad entre nosotros. Luego vendría su incorporación a la vieja tertulia, cuando ésta ya invernaba en café Novelty. La tertulia se inició en el Ateneo de la Gran Vía, y en el verano se trasladaba a una de las terrazas de la Plaza Mayor. Alberto explica en la revista Papeles de Novelty como se incorporó a la tertulia, lo decía así: “El gran periodista salmantino Enrique de Sena dijo que “dentro de pocos años no habrá nadie que pueda referir cómo fueron las tertulias de la Plaza Mayor a comienzos del s. XX. Comparto la preocupación del amigo Enrique, recientemente fallecido, y para evitar que suceda lo mismo en el siglo XXI, he reunido algunos datos sobre el café “Novelty”, en el que, de hace muchos años, se reúne en tertulia -con el decanato de José Bonilla-, un grupo de amigos que un día no muy lejano me acogieron con liberal condescendencia”. Con el artículo titulado “Tertulia y café” de Alberto se abría el primer número de la revista que surgió a finales del verano de 1998 de la manera siguiente: Un contertulio dice: “Hay que tener una revista de estudios; el otro añade: la llamaremos Papeles del Novelty; el tercero agrega: que será de creación y mantenimiento; el último: buscaremos financiación. La presentación del primer número fue un acontecimiento cultural en la ciudad. El prestigioso periodista Luis Carandel dijo el día de la presentación, que era un caso

inaudito, que una tertulia editara una revista de estudios. Contra todo pronóstico la revista llegó hasta 2014, con el número veinte. No hace falta decir que Alberto fue uno de los impulsores de la revista más activo.

Alberto tuvo un sentido taurino de la vida, en el buen decir de la palabra. La tauromaquia le encantaba y como ese arte perseguía la maestría y aspiraba, nada más y nada menos, que a la perfección. Le gustaba arriesgar y cerrar las faenas. Un día le preguntaron a Belmonte en que consistía el toreo clásico. El maestro respondió: “El toreo clásico consiste en “arrematar”. --Alberto hacía suya la contestación-- le gustaba rematar los trabajos que emprendía, iba siempre de alfa a la omega. Salvo las colaboraciones periodísticas lo demás todo lo dejó cerrado. No como abandono, sino como cierre de broche de oro.

La primera columna la publicó Alberto en La Gaceta, cuando estaban a punto de acabar las ferias de 1995, apareció con el sugestivo y unamuniano título de “Los hunos y los hotros”, que según sus propias palabras: “comencé a hacer amigos” arreando estopa a diestro y sin diestro. Como sería la cosa, que su párroco vista la escandalera que se armó, bautizó a nuestro amigo, como San Alboroto Magno. Él mismo reconocía que algunas veces se pasaba con las críticas, por los que pidió los correspondientes perdones cuando esto ocurría. Pero nadie osó dictarle los artículos, ni nadie lo llevó a los tribunales por lo que en ellos se decía, acaso porque conocía bien el terreno que pisaba, no en balde había sido en las Cortes ponente de un Código Penal y de la Ley del honor: y él

decía que sobretodo se basaba en datos contrastados; y que además conocía la pastaflora de que estaban hechos la mayoría de los aludidos. La prosa de Alberto Estella era fluida siempre, y su estilo siempre pulido, alcanzando en ocasiones elevada temperatura poética.

En el Casino de Salamanca, sociedad cultural que él presidió en dos ocasiones, la última se extendió de marzo 2016 y terminó en mayo 2021, por cierto, con gran éxito. En esta institución tuvo lugar en febrero de este año la conferencia pronunciada por la presidenta del CES María Jesús Mancho: “Teresa de Jesús: una santa escritora”. En el acto también intervinieron el académico José Antonio Pascual y el presidente del Casino en la actualidad Pedro Méndez. Los tres se hicieron lenguas de la obra literatura realizada por la doctora de la iglesia y también tuvieron recuerdos afectivos para Alberto Estella. En este acto, yo estaba perdido en la penumbra del gran salón, mientras oía estos elogios pensé: “Cómo le hubiera gustado este reconocimiento público.” Se lo transmitiré en la primera oportunidad que tenga. No hizo falta, Alberto estaba presente, en la primera fila. Al verme me mostró el bastón al que se había visto obligado a usar. Se ha cumplido la adivinanza de la esfinge, me dijo, aquella que impedía subir al templo a los habitantes de Atenas a orar, hasta que no fuera resuelto el enigma: ¿Cuál es animal que al nacer anda a cuatro patas, luego con dos y al final, con tres? Un joven le contestó: “El hombre”. El animal mitológico, una vez descubierto el secreto, se arrojó al abismo. El paso quedó expedito. Alberto me recordó que yo se la había contado. La leyenda se me quedó grabada cuando hice las primeras letras en el colegio de las Casa de las Conchas,

donde aprendí a leer y a saber como corta el cuchillo del frío salmantino, todavía al recordarlo, tiritó. El sol de la mañana, era la única calefacción que teníamos, y siempre que las espesas y frecuentes nieblas del Tormes no lo impidieran. Por otro lado, María Jesús Mancho me escribió unas líneas cariñosas de recuerdo de ese mismo acto que decían: “La presencia de Alberto esa noche me conmovió, por el esfuerzo que le supondría. Se lo agradecí sinceramente y aún más el abrazo con que envolvió”. Este es el último acto público en que se le vio.

La casa donde Alberto pasó su infancia y juventud, miraba al mercado de abastos, lugar de trajines y desasosiegos de la postguerra salmantina. Desde el balcón, contemplaba escenas costumbristas que quedaban atrapadas en su retina, y años después, las recogería en sus columnas: Los hortelanos llevaban las verduras en carro de mulas, las mujeres de los arrabales hacían la plaza, los charlatanes vendían, con oratoria vacua y tonitruante, relojes sin maquinaria y hojillas de afeitar endurecidas al tungsteno, o peine de concha de galápagos y, de vez en cuando, los perreros municipales cazaban a lazo, sin ninguna compasión ni miramiento a los pobres perros callejeros hambrientos y mal acostumbrados. Siempre estuvo estrechamente unido a la iglesia de San Julián, no sólo por proximidad domiciliaria, sino por vínculos tradicionales, pertenecía a la cofradía de Jesús Nazareno, con la que salía en procesión en la Semana Santa. Aquí, se le ofició el funeral religioso, como se le hizo en su tiempo, a Ramos del Manzano, al que tanto admiraba y en cuya tumba se reseñan los numerosos cargos desempeñados por el noble salmantino en los

reinados de Felipe IV y Carlos II, La larga inscripción se remata con los versos que dicen:

ESTO QUE ADORA Y ADORAR ESPERA,
ES LO QUE TIENE LA EDAD PASADA,
LO DEMAS FUE HUMO, SUEÑO, SOMBRA, NADA.

Como el ilustre personaje del siglo XVII, Alberto tenía un amplio curriculum, y los dos en el mismo templo parroquial buscaron amparo religioso. Devotamente Alberto compartía, como reflexión final de la vida, los versos señalados en el epitafio de más arriba.

Con mis palabras he querido contribuir, modestamente, a subrayar el valor permanente de su ejemplo y de sus ideas, y, al mismo tiempo, he querido transmitir el deseo de que su recuerdo no se difumine, mucho menos que se pierda. Espero haberlo conseguido, y si no, como en los juramentos antiguos, que se me demande.

Hasta aquí, he dicho lo que el tiempo asignado me ha permitido y dos o tres minutos que me he tomado demás, pido excusas por ello. No digo descanse en paz porque, con su forma de ser, eso es imposible. Allí donde esté, en el lugar merecido, seguro que lo está organizando de alguna original manera. Tengo que añadir una certeza más: lo vamos a echar de menos.

A todos, muchas gracias por la atención prestada.

Palabras pronunciadas por José Antonio Bonilla en la sesión académica in memoriam del Centro de Estudios Salamantinos celebrada el día 17 de noviembre de 2022.